

cuerto de las antigüedades americanas, y solo es conocida de algunos eruditos de Europa». No hay corazón que abrigue sentimientos humanitarios, que no se comprima al ver lanzados de sus terrenos á los indios por los colonos ingleses, haciéndoles huir á los montes y las selvas como bestias feroces, y continuar esa obra de despojo y desolación por sus descendientes, hasta no dejar una sola tribu en medio de las nuevas poblaciones que iban levantando. El mismo Tocqueville, de quien llevo hecha mención varias veces en este capítulo, vió cruzar en 1831 el Mississipí á las últimas tribus, arrojadas por medio de esas ventas de terreno forzadas y á vil precio, y pinta con los colores mas tiernos y sentidos el conmovedor espectáculo que presentaban aquellos desgraciados, que llevando consigo las cenizas de sus mayores, se dirigian, vertiendo lágrimas, á la derecha orilla, para fundar una nueva patria, dando el último adiós al caro suelo en que vieron correr los dias mas felices de la vida. «Yo he visto con mis propios ojos», dice, «muchas de esas miserias que acabo de describir», relativas á la raza india: «yo he contemplado conmovedores males que seria imposible describir. Al terminar el año de 1831 me hallaba yo sobre la orilla izquierda del Mississipí, en un sitio conocido por los europeos con el nombre de Menfis. Mientras me hallaba en este lugar, vi llegar un número considerable de indios Choctaws: estos salvajes dejaban su país y buscaban el paso para dirigirse á la orilla derecha del Mississipí, donde se lisonjaban encontrar un asilo que el gobierno americano les habia prometido. Era la estación mas cruda del invierno, y el frío se hacia sentir este año en aquel país

con una fuerza desusada; la nieve se habia endurecido sobre la tierra, y el rio arrastraba enormes témpanos. Los indios llevaban con ellos sus familias; conducian en seguida los heridos, los niños recién nacidos y los ancianos próximos á la tumba. No tenian ni tiendas de campaña, ni carros, sino solamente algunas provisiones y armas. Yo les ví embarcarse para atravesar el gran rio, y este espectáculo solemne no se borrará jamás de mi memoria. No se escuchaba en esa multitud reunida ni sollozos, ni quejas: todos callaban. Su desgracia era muy antigua, y la consideraban irremediable. Los indios habian entrado ya todos en las embarcaciones que debian conducirles; sus perros quedaban aun en la ribera: cuando estos fieles animales vieron, en fin, que sus amos iban á alejarse para siempre, lanzaron lastimeros aullidos y se lanzaron á la vez en las heladas aguas del Mississipí y siguieron á nado á sus amos.»

Pero ni aun en el sitio á donde se retiraron para que les dejaran vivir tranquilos, logran permanecer por largo tiempo; y es lo cierto que de los millones de aborígenes que poblaban los vastos territorios de la América del Norte, solo quedan algunas tribus errantes, desparradas en los vastos desiertos del Oeste. Todos los demás han perecido por la espada ó el plomo, ó bien por los trabajos y privaciones de la vida nómada. «Yo creo», dice el escritor mencionado por mí hace poco, «que la raza india de la América del Norte está condenada á perecer, y no puedo menos de creer que el dia en que los hombres blancos se establezcan sobre las márgenes del Océano Pacífico, habrá cesado de existir.» La compra adquirida,

no por voluntad del forzado y débil vendedor, sino por miedo al ambicioso comprador, era, pues, un sarcasmo al derecho natural. La censura de los filósofos contra la España porque no observó ese sistema hipócrita, cae, por el ligero exámen que acabamos de hacer, sobre los que lo pusieron en planta. Con ese sistema, los españoles que dos siglos antes habian descubierto el Nuevo Mundo, podian haber comprado toda la parte de la América que se hallaba en las mismas circunstancias que la region que hoy forma los Estados Unidos, al bajo precio de cascabelles, campanitas, cuentas de vidro y espejitos, que eran tesoros de inestimable precio para los habitantes de aquel Nuevo Mundo descubierto. Pero aun para exigir que los españoles hubiesen obrado como dos siglos despues obraron los colonos ingleses, así como sus descendientes, seria preciso que todas las posesiones adquiridas por la corona de Castilla se hubiesen hallado en las circunstancias de las tribus de la América del Norte; pero en esas condiciones solo se hallaban las islas de las Antillas y algunos otros puntos; mas de ninguna manera el Perú ni la vasta y preciosa region que los españoles, admirados de la belleza que presentaba, llamaron Nueva Es-

Superioridad de los indios de Anáhuac sobre los de la América del Norte. paña. No eran los habitantes de esta hermosa parte de la América en que se levantaban las pintorescas poblaciones del Anáhuac, tribus errantes y vagabundas como aquellas que vivian de la caza, sin domicilio fijo, sin ciudades y sin leyes, dispuestas, aunque con algun esfuerzo, á deshacerse de un terreno inculto, donde nada habia construido ni formado, donde la única señal de que existian seres per-

tenecientes á la gran familia humana, era la huella impresa en la tierra por el pié del salvaje que habia cruzado en persecucion de la caza, sino que eran hombres muy superiores en inteligencia á las razas norte-americanas; que formaban naciones relativamente civilizadas, cuyas instituciones políticas revelaban su adelanto; con grandiosas ciudades y villas perfectamente edificadas; no con humildes chozas de paja, sino con casas de cal y canto, descollando algunos monumentos que nos recuerdan, como dice muy bien Prescott, «la primitiva civilizacion de Egipto y del Indostan»; con un sistema judicial bien establecido; con un código de leyes de acuerdo con las costumbres y las exigencias de aquellas sociedades; con historiadores y poetas que consignaban, por medio de la escrito-pintura en grandes libros hechos de hojas de maguey, los hechos mas gloriosos de sus respectivos países; con tribunales superiores sostenidos con el producto de una parte de la tierra de la corona, advirtiéndose en el curso de los procedimientos judiciales un orden y una decencia admirables; con bastante adelanto en algunas artes y en diversos ramos de industria; con terrenos con esmero cultivados; con grandes mercados y numerosos ejércitos, y con una ilustracion, en fin, relativamente admirable. Pueblos de esta manera constituidos, no hubieran vendido á los Puritanos ni á nadie sus cultivadas provincias, llenas de hermosas villas y ciudades con sus grandes mercados y un comercio bastante activo, no por veinticuatro duros, ni en cambio de cuentas de vidrio, por agradables que éstas apareciesen á sus ojos. Por el contrario: semejante proposicion la

hubieran recibido como una imperdonable ofensa á su acendrado patriotismo, y la muerte de los proponentes en la piedra de los sacrificios, habria sido, sin duda, la respuesta á la absurda proposicion. Ya se ve, pues, que no hay justicia de parte de los filósofos escritores extranjeros y de los que les han seguido, en tratar de inculpar á los españoles en no haber puesto en planta ese sistema observado por algunos colonos ingleses, y en darles, por no haber obrado como éstos, el epíteto de usurpadores. Asombra ciertamente que escritores que blasonan de filósofos, presenten como dignos y grandiosos esos superficiales ejemplos que, lejos de adaptarse á los santos fueros de la justicia, impulsan al engaño y la malicia. No; la España no trató de adquirir la posesion de los vastos terrenos de la América por el insignificante precio de algunos barriles de aguardiente ó deslumbradores dijes. La España entró en posesion de los países de Anáhuac con mas legítimos títulos que los que le pudieran dar la falaz compra de algunos terrenos para asentar sus reales y exterminar luego á la raza india, como hicieron los colonos ingleses. La España presenta un título mas cierto y mas humano que el que presentan los Puritanos, que es la espontánea donacion, la sujecion enteramente libre y voluntaria de los pueblos de Anáhuac á la corona de Castilla. Varias causas concurrían á que fuese espontánea la union de las naciones de Anáhuac á los españoles: el ardiente deseo de sacu-

Que la proposicion de compra de terreno hubiera sido vista como un insulto por las naciones de Anáhuac.

Que la España entró con mas legítimos títulos que los que da la venta, en posesion de las provincias de Anáhuac, pues fué por voluntad de ellas.

dir el yugo de los mejicanos; el afan de vengarse, destruyendo el imperio de los que les habian oprimido, y el respeto á la tradicion religiosa que les hizo creer que los españoles eran los hombres blancos recomendados por el dios del aire Quetzalcoatl, como legítimos dueños de todas las tierras de aquella parte de la América, por los cuales serian bien gobernados.

El primero que solicitó el favor y amistad de los españoles, suplicando á Hernan Cortés que pasase á habitar en su ciudad, fué el cacique de Cempoal, reino conquistado por los emperadores mejicanos (1). En la conferencia que tuvo en compañía de otros caciques de diversos pueblos con el jefe español, se quejó amargamente de Moctezuma y sus empleados, manifestando que hacia poco habia sido sojuzgado su reino por los mejicanos, cuya opresion tiránica les era insoportable á los pueblos, pues además de los vasallos de ambos sexos que les pedia anualmente para el sacrificio, no tenían segura ni aun la honra de sus hijas ni de sus esposas (2). Hernan Cortés les prometió que les defenderia de las injusticias de Moc-

(1) «Vimos venir doce indios, y venian de hablar á su cacique y nos traian gallinas y pan de maíz, y dijeron á Cortés, con nuestras lenguas, que su señor enviaba aquellas gallinas que comiésemos, y que nos rogaba que fuésemos á su pueblo.» Bernal Diaz del Castillo, *Conquista de Nueva España*, t. I, capítulo XLIV, pág. 191.

(2) «Dando suspiros» el cacique de Cempoal, «se quejó reciamente del gran Montezuma y de sus gobernadores, diciendo que de poco tiempo acá le habia sojuzgado, y que le habia llevado todas sus joyas de oro, y les tiene tan apremiados, que no osan hacer sino lo que les manda. Y contaba de sus grandes poderes» de Moctezuma; «y demás de contar por qué via é modo los habia sujetado, que cada año les demandaba muchos de sus hijos y hijas para sacrificar y otros para servir en sus casas y sementeras, y otras muchas quejas, que fueron tantas, que ya no se me acuerda; y que los recaudadores de Montezuma les

tezuma, y entonces todos los nobles y caciques allí reunidos prometieron obediencia al monarca de Castilla y reunir sus ejércitos para que, unidos á los hombres blancos, derrocasen el imperio azteca. Esta solemne alianza, que fué leal y sincera, le puso á Hernan Cortés en posesion de cincuenta villas y con facultades para disponer de cincuenta mil hombres de guerra (1). A los numerosos pueblos agregados de esta manera espontánea á la corona de Castilla, título mas noble y legítimo para los españoles que el que les pudiera haber dado el de compra de algun terreno en cambio de licores ó de baratijas de insignificante valor, siguió la union de la importante y belicosa república de Tlaxcala, enemiga implacable de los mejicanos, de quienes estaba justamente ofendida. Cierto es que antes de esa alianza combatieron valerosamente contra los españoles; pero estos combates reconocieron por causa única la creencia de que los hombres blancos se hallaban de acuerdo con Moctezuma para sojuzgarles, pues sabian que habian recibido de éste, desde que desembarcaron en Veracruz, grandiosos regalos de

tomaban sus mujeres é hijas si eran hermosas, y las forzaban: y que lo mismo hacian en aquellas tierras de la lengua de Totonaque, que eran mas de treinta pueblos; y Cortés les consolaba con nuestras lenguas cuanto podia, é que los favoreceria en todo cuanto pudiese, y quitaria aquellos robos y agravios». Bernal Diaz del Castillo, *Historia de la Conquista*, t. I, caps. XLV y XLVI, págnas 194 y 198.

(1) «Y dejé toda aquella provincia de Cempoal y toda la sierra comarcana á la dicha villa» (parte de la Sierra Madre donde están los totonacos), «que serán hasta cincuenta mil hombres de guerra y cincuenta villas y fortalezas, muy seguros y pacíficos, y por ciertos y leales vasallos de V. M. como hasta agora lo han estado y están». Segunda carta de Hernan Cortés á Carlos V, fecha en Segura de la Sierra á 30 de Octubre de 1520.

crecido valor (1). Por eso, cuando desengañados de su error llegaron á saber que no existia dolo en los hombres blancos, se unieron á éstos con la sinceridad mas profunda, dando pruebas inequívocas de su lealtad y de la nobleza de sus corazones en los momentos mas angustiosos para los españoles. La sinceridad con que se unieron á la corona de Castilla, está patente en el noble rasgo de hospitalidad con que acogieron al mermado ejército de Hernan Cortés, desde el abandono de la ciudad de Méjico, en la terrible Noche Triste. Volvian sin armas de fuego, heridos casi todos los soldados, necesitados y enfermos. La ocasion no podia ser mas favorable para destruirlos, si la alianza no se habia verificado mas que por temor; pero lejos de esto, el Senado de la república tlaxcalteca, en nombre de ésta, protestó solemnemente á Hernan Cortés que, habiendo unido su suerte á la de los españoles, les ayudarian hasta reparar el mal sufrido ó morir en la demanda, pues á ello les obligaba su lealtad y el haber reconocido por rey al monarca de Castilla (2). A la firme alianza de la nacion tlaxcalteca, siguió la de la república de Huexotzinco, continuando la del príncipe Ixtlilxochitl, hermano del rey de Texcoco, que

(1) «Toda Tlaxcala estaba puesta en armas contra nosotros, porque, segun pareció, ya tenian noticia cómo íbamos y que llevábamos con nosotros muchos amigos, así de Cempoal como los de Zocotlan y de otros pueblos por donde habíamos pasado, y todos solian dar tributo á Moctezuma, tuvieron por cierto que íbamos contra ellos, porque les tenian por enemigos; y como otras veces los mejicanos, con mañas y cautelas, les entraban en la tierra y se la saqueaban, así creyeron querian hacer hora». Bernal Diaz del Castillo, *Historia de la Conquista*, t. I, cap. LXII, pág. 265.

(2) Puede ver el lector esto, en el tomo III de esta obra, págs. 475 y 476.

governaba una parte del reino de Acolhuacan, ofreciéndole unir su ejército al suyo para derrocar el imperio de Moctezuma; la de los señores de las importantes poblaciones de Coatlicchan, Huexotla y Atengo; la del reino de Chalco, cuyos bravos habitantes solicitaron con afán pertenecer á la corona de Castilla para sacudir el yugo de los emperadores mejicanos que les habian conquistado; y al empezar el sitio de Méjico, aun la de los pueblos sitiados en la laguna en que se ostentaba la poderosa Tenochtitlan. No fué menos espontánea la union del poderoso reino de Michoacan á la corona de España, ni la alianza del cacique de Tehuantepec, que envió á los principales de su nacion á que manifestasen á Hernan Cortés que le contase entre los súbditos del monarca español. Así no solo las provincias y reinos que habian sido tributarios de los emperadores mejicanos reconocieron voluntariamente á España por metrópoli, sino tambien los que se habian conservado independientes, entre los cuales no debemos olvidar á Chinantla, provincia situada hácia Veracruz, cuyos habitantes se manifestaron fidelísimos á los españoles. Aun el mismo emperador mejicano Moctezuma, la nobleza, los caciques y el ejército, habian reconocido al soberano de Castilla, creyendo á los españoles como los prometidos por el dios Quetzalcoatl para gobernar los pueblos del Anáhuac, y la union del país entero á la corona de Castilla se hubiera operado sin disparar un solo tiro, si la imprudencia cometida en Méjico por Alvarado, en ausencia de Cortés, no hubiese trastornado la admirable política de este hombre extraordinario, haciendo que se sublevase la capital, que fué causa

del sitio de la corte de los emperadores por todas las naciones que habian estado supeditadas por ella. Esta es la verdad de los hechos; esta es la manera con que pasaron al dominio de España los bellos países que acogieron con entusiasmo á Hernan Cortés. Los actuales mejicanos, así descendientes de españoles como de la raza aborigene, pueden gloriarse de no descender de hombres que compraron á vil precio algunos pedazos de terreno para apoderarse de todos, como lo hicieron los colonos ingleses en la América del Norte, exterminando á los infelices indios que se vieron obligados á venderlos, ni de tímidos vendedores de la tierra en que habian nacido. No es una tierra que fué usurpada ni mal vendida por sus ascendientes la que felizmente poseen, sino el país unificado por la espontánea alianza de dos razas valientes y dignas que se respetaron la una á la otra. La posesion adquirida por algunos frascos de aguardiente ó por una veintena de duros, como hicieron los colonos ingleses, no tiene ni la legalidad ni la fuerza que la adquisicion alcanzada por la alianza pedida espontáneamente por los pueblos para sacudir el yugo de una potencia opresora. Dígase despues de esto, con la sinceridad que debe hacerlo el hombre honrado, si no fueron mas nobles y legítimos los títulos de los españoles á la posesion de las provincias que unió Hernan Cortés á la corona de Castilla, que el doloso de compra puesto en planta por los colonos ingleses y sus descendientes.

Los indios de las colonias inglesas fueron destruidos; Con la simple exposicion de los hechos, queda patentizada la injusta inculpacion de los filósofos hácia los españoles en no haberse

los de las españolas se conservan aun. valido del sistema de compra «á poco precio», y la pasión parcial con que han visto á los colonos ingleses, cuando no han levantado la voz para manifestar que «ese poco precio» con que los extranjeros compraron algunos terrenos de la América del Norte, no les daba derecho para destruir, esclavizar y arrojar á los mas remotos desiertos, como lo hicieron, á los desgraciados indios. El cargo que esos filósofos han dirigido á los españoles, consignando que prefirieron enseñorearse de las tierras «por medio de la mortandad y sangre de los indios», únicamente les corresponde, segun el testimonio irrecusable de la historia, á los colonos ingleses y holandeses de la América del Norte, actualmente república de los Estados Unidos. «Todas las tribus indianas que habitaban en otro tiempo el territorio de la Nueva Inglaterra», dice Tocqueville (1), «los Narragansetes, los Mohicanos, los Pecotes, no viven ya mas que en la memoria de los hombres: los *lipanes*, que recibieron á Penn hace ciento cincuenta años en las riberas del Delaware, han desaparecido igualmente. Yo he encontrado los últimos iroqueses, y me pidieron limosna. Todas las naciones que acabo de nombrar, se extendian en otro tiempo hasta las orillas de la mar; en nuestros dias es preciso andar mas de cien leguas al interior del continente para encontrar un indio. Estos salvajes no solamente se han retirado, sino que han sido destruidos.»

Esta ha sido la suerte de los indios de la América del Norte con los colonos ingleses que compraron «á poco

(1) *De la democracia en América*, t. II, pág. 269.

precio» algunos terrenos, para apoderarse de todos. Mas de cien leguas es preciso andar en los Estados Unidos para encontrar un indio errante ó pidiendo limosna, mientras en la actual república mejicana, en la hasta 1821 Nueva España, no da el viajero un paso sin encontrarse con pintorescos pueblos de indios laboriosos, entregados á la agricultura y á diversas ocupaciones, artes y oficios, viviendo en sociedad y llenando los mercados con los productos suyos que llevan á las grandes poblaciones. Mientras los ingleses y sus descendientes no han dejado en los vastos terrenos de los Estados Unidos mas que algunas miserables y cortas tribus que vagan errantes, envueltas en la barbarie primitiva, por los desiertos del Oeste, los españoles dejaron en la Nueva España, cuando ésta se hizo independiente, seis millones de indios, ó sea las dos terceras partes de la población, que se ocupan, como he dicho, en la labranza, en la cria de los ganados, en toda clase de oficios y artes, y en proveer á las grandes poblaciones de gallinas, de huevos, de queso, de frutas, de verdura, de leña, de carbon y de otros varios efectos de primera necesidad que forman la abundancia de los mercados, con positivo beneficio de la sociedad entera: seis millones de indios, cuyos ascendientes recibieron, como primer beneficio de los españoles, la extincion de los sacrificios humanos, que privaban anualmente al país de veinte mil personas de ambos sexos; y que educados luego en las máximas del Evangelio y protegidos por benéficas leyes especiales, dictadas por los Reyes Católicos para protegerles como á hijos muy queridos, vivieron tranquilos en el mismo suelo en que vieron